
El Tiempo Borra

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7921

Título: El Tiempo Borra

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 8 de enero de 2023

Fecha de modificación: 8 de enero de 2023

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Tiempo Borra

En el cielo, de un azul inmaculado, no se movía una nube. Esparcidos sobre la planicie de inabarcables límites, multitud de reses, casi inmóviles, salpicaban de manchas blancas y negras, amarillas y rojas, el verde tapiz de las pasturas de otoño. Ni calor, ni frío, ni brisas, ni ruidos. Luz y silencio, eso sí; una luz enceguecedora y un silencio infinito.

A medida que avanzaba, a trote lento, por el camino zigzagueante, sentía Indalecio que el alma se le iba llenando de tristeza, pero de una tristeza muy suave, muy tibia, experimentando sensaciones de no proseguir aquel viaje, de miedo a las sorpresas que pudieran esperarle a su término.

¡Qué triste y angustioso retorno era el suyo!... Quince años y dos meses llevaba de ausencia. Revivía en su memoria la tarde gris, la disputa con el correntino Benites por cuestión de una carrera mal ganada, la lucha, la muerte de aquel, la entrada suya a la policía, la amarga despedida al pago, a su campito, a sus haciendas, al rancho recién construido, a la esposa de un año.. Tenía veinticinco entonces y ahora regresaba viejo, destruido con los quince de presidio... Regresaba... ¿para qué?... ¿Existían aún su mujer y su hijo? ¿lo recordarían, lo amarían aún?... ¿Podía esperarle algo bueno a un escapado del sepulcro?... ¿Estaba bien seguro de que era aquel su pago?... Él no lo reconocía. Antes no estaban esas grandes poblaciones que blanqueaban a la izquierda ni las extensas sementeras que verdeaban a la derecha.

Y cada vez con el corazón más oprimido prosiguió su marcha, espoleado por fuerza irresistible.

¿Era realmente su población aquella ante la cual había detenido su caballo?... Por un momento dudó. Los paraísos que la sombreaban, los había plantado él; el horno de amasar, el chiquero de cerdos, la huerta de hortalizas, nada de aquello existía en su tiempo. Sin embargo, el rancho, a pesar del techo de zinc que reemplazaba el de paja quinchado por él, era su mismo rancho: lo conocía en el tallado de los horcones y en la comba del tirante frontal.

—¡Bájese! —gritóle desde la puerta de la cocina una mujer añosa, que, enseguida, anudándose el pañolón que le cubría la cabeza, fué hacía él, seguida de media docena de chiquillos curiosos.

—¿Como está?

—Bien, gracias; pase pa adentro.

Ella no lo había reconocido; él presentía a su linda morochita en aquella piel cansada y aquellos mechones de cabello gris que aparecían bajo el pañolón.

Entraron en el rancho, se sentaron, y entonces el dijo:

—¿No me conocés?

Ella quedó mirándolo, empalideció y exclamó con el espanto de quien viera aparecer un difunto:

—¡Indalecio!

Los ojos se le hicieron agua y los chicos la rodearon, se le prendieron del vestido y comenzaron a chillar. Cuando se hubo calmado un poco, habló creyendo sincerase.

—Yo estaba sola, no podía cuidar los intereses; hoy me robaban una vaca, mañana me carneaban una oveja... después, habían pasao cinco años; tuitos me decían que vos no volverías más, que te habían condena© por la vida... entonces... Manuel Silva me propuso que nos juntásemos... yo

resistí mucho tiempo... pero después...

Y la infeliz seguía hablando, hablando, echando palabras desesperadamente, repitiendo, recomenzando, defendiéndose, defendiendo su prole; pero hacía rato que Indalecio no la escuchaba. Sentado frente a la puerta, tenía delante el amplio panorama, la enorme planicie verde, en cuyo fin negreaba el bosque occidental del Uruguay.

—Vos comprendes —proseguía ella,— si yo hubiera creído que ibas a dar la güelta...

Él la interrumpió:

—¿Tuavía pelean en la Banda Oriental?

Ella quedóse atónita y respondió:

—Si; los otros días bandió una juerza de acá, por las puntas de la laguna Negra, frente a Naranjito, y...

—Adiosito —interrumpió el gaucho.

Y sin hablar una palabra más, se levantó, fué al galpón, desmaneó, montó y salió al trote, rumbo al Uruguay.

Ella quedóse de pié, en el patio, mirándole atónita, y cuando lo perdió de vista, dejó escapar un suspiro de satisfacción y se volvió apresuradamente a la cocina, sintiendo chillar la grasa en la sartén.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.